

dó una á cada una de ellas, para que en las misiones sus alumnos las espusiesen á la vista del pueblo una de las noches en que concluidos los sermones se hacia el ejercicio llamado de la *vida devota*, y lo dejasen hasta el dia siguiente para mover mas á los pecadores á un sincero aborrecimiento de sus culpas. *En las misiones, decia Alfonso, aprovechan los sermones del juicio, del infierno, el sacar á luz la imágen del alma condenada y cosas semejantes que causan espanto y hacen ruido; pero las conversiones que provienen del temor, duran poco; son cosas que se olvidan; pues que poco despues se encogen de hombros y acaba todo. He hecho pintar esta imágen de Jesus crucificado, para que en la vida devota antes de la meditacion de su pasion la mostreis al pueblo, y cuando el pueblo ve la imágen de Jesus muerto por él, no puede dejar de enternecerse y convertirse, y las lágrimas que salen al ver el Crucifijo, salen del corazon herido por el amor de su pasion: y la conversion que proviene del amor á Jesus crucificado es mas fuerte y duradera. Lo que no hace el amor, no lo hace el temor: y cuando uno cobra afecto á Jesus crucificado, no tiene miedo. Y en efecto, al ver aquella imágen de Jesus crucificado, se veía al pueblo llorar copiosamente y acaecian grandes conversiones: de manera que aquellos que no podian absolverse en el curso de las misiones, se hacian volver*

despues de la vista de dicho Crucifijo, no dudando entonces ni lo mas mínimo de su sincera conversion. Cuando Monseñor Pergami obispo de Gaeta, y muerto en olor de santidad, vió este Crucifijo, con motivo de las misiones que fueron á hacer á aquella ciudad los padres de la congregacion del Santísimo Redentor, quedó tan sorprendido y como fuera de sí, que quiso una copia de él para el bien de su grey.

Pero Alfonso habria deseado inducir y mover á todos los fieles á tener siempre presente, y meditar en la dolorosa pasion y muerte de nuestro Redentor; y no pudiendo hacerlo con la voz, procuró hacerlo con muchas obras sobre este asunto que hizo imprimir, y todas muy propias para inspirar compasion y amor á Jesus crucificado. Habia pensado escribir una obra bastante difusa sobre esto y aun habia ya preparado todo el material; pero habiéndoselo prohibido el padre Cafora su director, á causa de sus indisposiciones corporales, abandonó la empresa. Pero muerto éste, tanto dijo y rogó al padre Villani su director entonces, que por fin obtuvo de él le permitiera hacer un compendio, como en efecto lo hizo, con el título de: *Reflexiones sobre la pasion de Jesucristo*: otro que llamó: *El amor de las almas*: y aun otro que intituló: *Saetas de fuego*. Basta leer estas obras, para conocer cuán vivamente penetrado estaba en la consideracion

de la pasion y muerte de Jesucristo, y cuánto deseaba tambien imprimir profundamente en el corazon de todos una devocion tan esencial y tan saludable á toda clase de personas, como es la de andar pensando á menudo en los acerbísimos dolores y convulsiones que sufrió el Redentor, para poder corresponder en cierto modo al amor de un Dios que tanto nos ha amado.

§ III.

Devocion de San Alfonso á la Natividad y al Sagrado Corazon de Jesus.

Era tanta la devocion de Alfonso al nacimiento é infancia del Niño Jesus, que desde el primer domingo de Adviento comenzaba á prepararse para él con mayores obras de piedad, aumentando sus mortificaciones y meditando continuamente en sus misterios. Quiso tambien que los de su congregacion se abstuviesen en ese tiempo de alimentos de carne, que guardasen el ayuno, y que las meditaciones que se hacen por la mañana en comun, fuesen siempre desde el Adviento hasta la Epifanía, sobre el misterio de la encarnacion de un Dios. Despues, en la noche del Santo Nacimiento, no sólo rezaba con sumo recogimiento

junto con los demas el oficio divino en el coro, sino que celebraba la santa misa con tanto fervor, que se le veían los ojos bañados en lágrimas y el rostro encendido y resplandeciente, de modo que movia á devocion y ternura á los que lo veían. Ademas, habia mandado hacer una estatuita del Niño Jesus en pañales, vestido ricamente y en una cuna dorada, y en las fiestas del Santo Nacimiento la ponía en la iglesia y en el coro, para que al verlo pudiesen todos encenderse en el amor de un Dios que se habia dignado tomar carne humana por nosotros. Compuso tambien un libro intitulado: *Novena del Nacimiento*, con discursos, meditaciones y prácticas devotas, y siendo obispo de Santa Agueda lo mandó á todos los lugares de su diócesis, para encender á todos en la devocion y en el amor del Niño Jesus.

La gran devoción de Alfonso á la pasion de nuestro Redentor produjo en él tambien la del sagrado corazon de Jesus, símbolo de aquel amor inmenso, por el que un Dios hecho hombre sufrió tan cruel suplicio y murió en la cruz por nosotros. Deseaba mucho que esta devocion fuese aprobada por la Santa Sede: y luego que supo que Clemente XIII habia instituido esa festividad con misa y oficio propios, procuró alcanzar de él la gracia de poderla celebrar en toda su diócesis. Imprimió una novena para pre-

pararse á ella, y cuando estaba en Arienzo acostumbraba predicar en la iglesia de la Anunciacion donde se solemnizaba. Una ocasion fué invitado por Monseñor Giannini, obispo de Lettere, para que hiciese un discurso sobre el sagrado Corazon de Jesus en Gragnano ciudad de dicha diócesis, y habiendo ido allá predicó con tanto fervor, que enternecido y conmovido el citado obispo, se arrojó al suelo de rodillas en presencia de todo el pueblo. Esto lo refirió despues Alfonso á sus jóvenes alumnos, para animarlos á predicar con toda claridad, y á Jesucristo crucificado, haciéndoles ver que hasta las personas letradas y los obispos se compungen cuando se predica de este modo.

§ IV.

Devocion de San Alfonso á Maria Santísima.

Esta fué una devocion que Alfonso mamó con la leche infiltrada en su corazon por su pia madre, desde que estaba en pañales, y que creciendo despues con la edad echó tan profundas raices en él, que no cabe comparacion. Siendo todavia secular, comenzó á ayunar todos los sábados á pan y agua, y á no dejar pasar dia sin ir á visitarla á alguna iglesia ó altar dedicado á ella. Continuó observando constantemen-

te por toda su vida esta práctica que emprendió desde joven, y cuando por sus enfermedades le mandó su director que añadiese en ese dia una sopa de legumbres, la comia en efecto, pero sazónada con una gran dosis de yerbas amarguísimas. Por otra parte, nunca tomaba los sábados por la mañana el chocolate que para sostener algun tanto su debilidad, le ordenaron los médicos en los últimos años de su vida; pero ni aun agua bebia en dicho dia fuera de la mesa, aunque fuese atormentado por la sed. A estas abstinencias agregaba siempre otras maceraciones de la carne, y muy particularmente ásperas disciplinas de sangre. Lo mismo acostumbraba hacer en todas las vigiliass que preceden á las siete principales festividades de la Virgen, á cada una de las cuales no dejaba de prepararse ademas con una fervorosa novena.

Aun siendo obispo, llevaba el rosario suspendido á un costado como todos los individuos de su congregacion, y ademas siempre llevaba al cuello debajo de la ropa, un rosario y unas imagencitas de Maria Santísima de los Dolores, del Cármen y de la Concepcion. Tenia en su aposento una imágen grande de la misma Virgen, y dirigiéndole frecuentemente la vista la saludaba é imploraba su socorro con tiernos y afectuosos ruegos. Todos los dias rezaba el rosario, contemplando en sus misterios, así como los cinco sal-

mos que comienzan con las cinco primeras letras de que se compone el nombre de la Virgen, y una *Ave María* cada vez que el relox daba un cuarto de hora, aun quando hubiese otras personas con él, diciendo que vale mas una de estas que todo el mundo. Jamas dejaba de rezar el *Angelus Domini* por la mañana, á medio dia y á la oracion de la noche; y si por acaso se hallaba en la calle al primer toque de la campana, se arrodillaba en público aun siendo obispo, lo cual era de gran edificacion para cuantos lo veían. Quando ensordeció, queria que se le avisara quando llegaban estos momentos para hacer lo mismo: y si sucedia que estuviese comiendo, se hacia quitar la mesita que tenia delante y se arrojaba como un plomo, cayendo de rodillas con el tenedor en la mano, y quedándose casi estático; era necesario hacerlo levantar para que acabase de comer. Pero habiéndole prohibido su director como dos años antes de morir, que se arrodillase, continuó haciéndolo sentado: á todo esto se agrega que jamas salia de casa, sin saludar antes á la Santísima Virgen, y lo mismo hacia al volver de la calle, que frecuentemente la invocaba con el dulce nombre de Madre, de Señora y de su esperanza despues de Jesucristo, y que nunca emprendia cosa alguna, por mínima que fuese, sin haber implorado antes su auxilio.

Habiéndole dicho un dia su director, que amando María á todos sus siervos, y aun habiéndoseles aparecido muchas veces, esperaba que haria lo mismo con él á lo menos á la hora de su muerte, le respondió Alfonso: *Sabed que quando yo era jóven hablaba á menudo con la Santísima Virgen y me aconsejaba en todo lo relativo á la congregacion.* A lo que habiéndole aquel replicado muchas veces: *Pues bien, ¿qué os decia?* no le respondió mas que: *Me decia muchas cosas muy hermosas.* Por otra parte, Alfonso no se hizo tan acepto á la Virgen solo con todos estos actos de obsequio y de veneracion, sino muy particularmente conservando su corazon libre de toda culpa, y manteniéndose siempre sin mancha de cuerpo y alma, como diremos en breve, lo cual es el primer fundamento y la base de la verdadera devocion á María.

Siendo Alfonso tan devoto de la Virgen y particularmente bajo la advocacion de los Dolores, meditando frecuentemente y compadeciendo los acerbísimos dolores que padeció en la pasion de su Hijo, habria querido que todos fuesen sus devotos. De aquí es que al predicar, y especialmente en las misiones, queria tener siempre al lado su imágen de bulto, y al fin de cada sermón nunca dejaba de escitar al pueblo á recurrir al patrocinio de María para alcanzar de Jesucristo por su medio el perdon de los pecados.

Los misioneros no acostumbraban predicar un sermón particular sobre el poderoso patrocinio de la Santísima Virgen, hasta que Alfonso introdujo esa costumbre con tan buen éxito, que muchísimos que se quedaban endurecidos en los sermones de terror y de espanto, se conmovían y se convertían en este que era un sermón de toda su predilección y afecto. De tal modo encomiaba el crédito y el poder de María, y además lo hacía con tal ardor de devoción hacia ella y de celo por las almas, que hasta los pecadores más obstinados no podían dejar de concebir una viva esperanza de su salvación, ni de sentirse escitados á una sincera detestación de sus culpas. Uno de los motivos más poderosos que acostumbraba aducir para mover á confiar y á esperar en la Virgen, era, que ella nos había aceptado á todos por hijos al pie de la cruz en la persona de San Juan.

Cuando se hallaba en una de las casas de su congregación, predicaba todos los sábados en la iglesia las glorias de María, así como lo hacía en la catedral de Santa Agueda, ó en alguna otra iglesia de su diócesis cuando estaba en ella, y después de la renuncia del obispado nunca dejó de hacerlo en la iglesia de San Miguel de los Paganos mientras pudo tenerse en pie. Lo mismo quiso que se practicase en todas las casas de su congregación, tanto porque había decla-

rado á la Virgen protectora del nuevo instituto, reconociendo que á ella debía su establecimiento, como porque consideraba que este era un medio muy á propósito para escitar al pueblo á la devoción y debido acatamiento de María. *Los novadores, decía él con este motivo, consideran como injuriosa á Dios la devoción á María Santísima negándole el poder y negando la eficacia de su intercesión; pero á nosotros pertenece hacer ver en provecho del pueblo, cuanto puede para con Dios, y cuán grato es á Dios el verla honrada.* Por lo que ponderaba su poder, exaltaba su intercesión, y con la autoridad de los santos padres, probaba que no era posible que un verdadero devoto de la Virgen se condenase, tanto porque por su medio alcanza las gracias necesarias para salvarse, como porque nadie puede ser verdadero devoto de María Santísima sin prestar á Dios el debido respeto, es decir, sin guardar todos sus mandamientos.

En todas sus conversaciones familiares siempre tenía en la boca á María, la buena y amorosa madre de todos y el refugio de los pecadores, y á todos los que lo visitaban, les regalaba una imagen de la Virgen, los escitaba con las más dulces y afectuosas palabras á ser verdaderos devotos suyos, á venerarla con afecto filial, á recurrir á ella en todas sus necesidades, y aun á poner en ella toda su esperanza, pues que es la

madre del bello amor y de la santa esperanza. Pero como si todo esto fuese todavía poco para satisfacer su ardentísimo deseo de atraerlos á todos á la devocion y al amor de la Madre de Dios y nuestra, ademas de muchas novenas compuestas por él para sus festividades, y ademas tambien de las visitas que se le han de hacer diariamente junto con las de Jesus Sacramentado, dió á luz la obra intitulada: *Glorias de María*, que fué acogida con tanto aplauso, y tan estimada, que no solo se han hecho muchas ediciones de ella, sino tambien muchas traducciones en otras lenguas. Y como no faltó quien se atreviese á censurarla, se apresuró á refutarlo con una respuesta muy fuerte y muy bien razonada.

Supo Alfonso que en una ciudad de la Puglia se enseñaban por un eclesiástico algunas proposiciones erróneas, particularmente contra María Santísima. Bastó esto para que ya no encontrase reposo. Al instante escribió á aquel Arzobispo y á Monseñor Rosa capellan mayor de la corte, así como á Monseñor Basti obispo de Melfi, que estaba entonces en Nápoles, rogándoles y conjurándolos á poner un remedio pronto á tales errores, y á contener sus progresos; y al escribir estas cartas se le vió llorar, considerando el desprecio que se manifestaba hácia la Madre de Dios. Ademas, dijo á sus compañeros, que si esto

no hubiera sido bastante, todavía habria dado pasos aun mas fuertes hasta derramar su sangre en caso necesario para impedir que fuese tan vilipendiada su Madre María. Tambien imprimió una breve respuesta á la extravagante reforma que aquel habia intentado introducir, contraria á la piedad debida á la divina Madre. Así que, no hay que maravillarse si despues de una devocion tan grande y de un amor tan afectuoso á la Santísima Vírgen, se le llama el *Bernardino de Sena* de nuestros tiempos.

§ V.

Devocion de San Alfonso al patriarca San José y á Santa Teresa.

Entre las prácticas devotas introducidas por Alfonso en su congregacion, se hallaba la de que todos sus individuos habian de tener cada mes un Apóstol por protector para con su intercesion, pudiesen ejercitar con mas facilidad y exactitud la virtud que señalase en dicho mes. Pues Alfonso no solo mientras permaneció en su congregacion, sino que aun siendo obispo de Santa Agueda y despues de la renuncia del obispado, se manifestó siempre muy devoto del Apóstol señalado cada mes.

Pero á San José esposo de la Virgen, y á Santa Teresa les profesó una especial devocion durante toda su vida. Del primero dió á luz algunas meditaciones con una devota cancioncita para los siete miércoles y para los nueve dias antes de su festividad, que introdujo en su iglesia de San Miguel: procuró promover su devocion y su culto, con lo que se lee al fin de la novena de la Natividad, y lo declaró protector de su congregacion. De la segunda publicó tambien nueve meditaciones sobre las virtudes de la Santa con otras prácticas devotas: hacia solemnizar su festividad en su iglesia y la llamaba la querida abogada de su congregacion. Ademas de todo esto, jamas comenzaba á escribir cosa alguna sin poner antes las iniciales de los nombres de Jesus, María y José y el de Teresa, y no dejaba tampoco de repetirlas cuando se le ofrecia poner una posdata en una carta.

§ VI.

Obediencia y veneracion de San Alfonso al Sumo Pontífice.

Por lo que se ha dicho antes se puede conocer fácilmente quanto era el respeto y la estimacion que manifestó siempre Alfonso hácia el Supremo Gefe de

la Iglesia católica. El, aunque sumamente distante de aspirar á ninguna dignidad y principalmente al obispado, enmudeció y lo aceptó luego que se lo mandó el Papa. Lo mismo hizo cuando Clemente XIV no le quiso aceptar la renuncia, pues que sin proferir la menor queja continuó gobernando la Iglesia de Santa Agueda. Reconocia con verdadera fé en la persona del Pontífice Romano al verdadero y legítimo Vicario de Jesucristo: con esto reputaba su voz como la voz de Dios, y respetaba y obedecia con la mayor presteza y prontitud todas sus órdenes y decretos. Y si por acaso sucedia que alguno en su preseneia no aprobase enteramente ó mostrase hacer poco caso de algun decreto pontificio, él lleno de celo decia á voces: *Así lo ha creído conveniente el Papa: y lo que quiere el Papa lo quiere Dios. Cuando el Papa hace una cosa, la hace por motivos justos.*

Este mismo espíritu de veneracion y de respeto que animaba á Alfonso hácia el Supremo Gefe de la Iglesia de Jesucristo, hizo que él sujetase á su irrefragable juicio todas las obras que dió á la prensa, tanto dogmáticas, como morales y ascéticas, y que siempre se portase como hijo muy obediente y afectísimo á la Sede Apóstolica. Siendo obispo de Sta. Agueda, vacó un beneficio en la catedral; y como habia duda en si el derecho de conferido pertenecia á él ó al Papa,

escribió inmediatamente á Roma para que allí se diesen las bulas.

Muy grande era su dolor, y mayor todavía su celo, cuando veia que los modernos novadores procuraban con cavilosos sofismas, con chicanerías y con frívolas conjeturas impugnar ó restringir el Primado, la autoridad y la jurisdiccion del Romano Pontífice sobre toda la Iglesia. No hallaba descanso, ni perdonaba medio para oponerse por su parte y levantar un dique á tan extravagantes é insubsistentes doctrinas. Luego que supo que habia salido á luz la obra de Justino Febronio contra la autoridad y la jurisdiccion del Pontífice Romano, aunque muy avanzado en años, y sumamente agravados sus males, se puso á refutar las falsas doctrinas de dicho autor, y no cesó hasta que imprimió su obra con el título de: *Vindice pro suprema Pontificis potestate adversus Justinum Febronium*. Compuso tambien dos disertaciones latinas, en una de las cuales sostiene y defiende la infalibilidad del Romano Pontífice en las decisiones sobre todo lo relativo á la fé y á las costumbres; y en la otra su superioridad aun sobre los concilios ecuménicos. Imprimió igualmente otra, *De justa prohibitione et abolitione librorum nocuae lectionis*, en la que no solo manifiesta la potestad que tiene el Papa de prohibir la lectura de los libros impropios y nocivos

á la fé y á las buenas costumbres, sino que ademas hace ver cuán insubsistentes son las razones de los que la niegan, mostrando al mismo tiempo los gravísimos é irreparables daños que nacen de ahí. Habria querido muy bien poder impedir enteramente que esos libros de maldiccion se introdujesen en los países católicos, por lo cual procuraba hacerlo por cuantos medios le era posible, porque conocia que justamente en ellos se prepara la hiel del dragon en el cáliz dorado de Babilonia, en que los incautos y los necios, y muy particularmente la juventud, beben á grandes tragos, sin percibirlo siquiera, el mortal veneno de la iniquidad y del error.

Los adversarios no dejaron de vomitar contra él muchas injurias por estos escritos; pero él las sufrió con mucha paciencia y permaneció siempre firme en sus mismos sentimientos. En una carta que escribió al profesor de Cánones en el Liceo Arzobispal de Nápoles, hablando de la suprema potestad del Papa, le dice: *Estoy pronto á dar la vida por defenderla: porque quitada esta se pierde la autoridad de la Iglesia. Quitado este juez supremo, decia en otra ocasion, para las decisiones de las controversias, se pierde la fé. Este juez que falta entre los herejes, repetia otra vez, es lo que produce la confusion, y los desacuerdos entre ellos, porque cada uno se*

constituye juez de sí mismo. Por eso se regocijaba tanto cuando iban á verlo personas letradas, que fuesen de su misma opinion: y hallándose una vez gravemente enfermo, solo al oír decir que sus alumnos sostenian y defendian el primado y la infalibilidad del Papa, dió un salto y pareció como que recobraba algun tanto las fuerzas.

CAPITULO IV.

Esperanza en Dios de San Alfonso.

De las muchísimas cosas ya referidas se ha podido comprender fácilmente cuan arraigada estaba en el corazón de Alfonso, esta virtud de la esperanza en Dios. Esta fué la que lo sostuvo contra las fuertes contradicciones y grandísimos obstáculos que encontró á los principios cuando quiso abrazar el estado eclesiástico, y mucho mas al poner mano despues en la intentada fundacion de su nueva congregacion. La absoluta carencia de todo auxilio y favor humano, la mas estrecha pobreza, los mas largos y obstinados litigios, el total abandono de sus primeros compañeros,

las mas graves injurias, los mayores desprecios y demas contrariedades, jamas fueron bastantes, no diré para desanimarlo y abatirlo; pero ni aun para conmovirlo y hacerlo desmayar en lo mas mínimo en la obra emprendida solo por la gloria de Dios y por el bien de las almas. Desconfiando enteramente de sí mismo y de las fuerzas humanas, echaba el ancla de toda su esperanza en Dios y andaba constantemente repitiendo: *Me basta con Dios;* y de este modo, sin desalentarse jamas, sin perder la paz del corazón, ni la tranquilidad del espíritu, llegó á superar todo cuanto se oponia á sus justos designios, y pudo fundar muchas casas de su instituto, contra los esfuerzos de sus adversarios, y con asombro de todos.

Esta tan viva y tan firme esperanza que tenia en Dios fué tambien lo que lo mantuvo firme y constante en la aridez y desolacion de espíritu en que el Señor, para hacer mayor prueba de él, permitió que se encontrase en los últimos años de su vida; y mucho mas contra las sugestiones y tentaciones de desconfianza y de desesperacion, con que el demonio procuró atormentarlo y vencerlo. Sufria con suma paciencia las primeras y resistia valerosamente á las segundas, avivando siempre mas su esperanza en Dios, y su confianza en los méritos infinitos de Jesucristo y por eso andaba constantemente repitiendo: *En vos, oh*